

Nuevo Topo: un momento historiográfico-intelectual (2005-2011)

Omar Acha y Hernán Camarero

El comienzo de un proyecto

Nuevo Topo tuvo una vida relativamente breve. Una revista suele ser un artefacto perecedero. Con la excepción de aquellas soportadas por un armado institucional, está siempre en peligro. Incluso en su breve recorrido, si obedece a una exigencia histórica –como el único número de *Las Ciento y Una* dirigida por Murena y Solero en 1953– ha conquistado su razón de ser y de cesar.

La idea de una revista de temas históricos y de pensamiento crítico prosperó en una cita de los autores de esta presentación con el historiador Juan Luis Hernández, a mediados de 2004. El encuentro tuvo lugar en el bar Sócrates, próximo a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Ese primer núcleo estaba mancomunado por una orientación genéricamente marxista en lo teórico y afinidades socialistas en lo programático. “Nuevo Topo” apelaba a la icónica imagen del “viejo topo” revolucionario que Marx había lanzado desafiante en su análisis del 18 Brumario de Luis Bonaparte y pretendía una reflexión y acción desde el presente. Tras aquella primera reunión en Sócrates siguieron muchos otros encuentros en distintos bares y domicilios, en donde se fue macerando lentamente el proyecto y fueron asumiendo sus compromisos quienes serían sus iniciales hacedores: al fin y al cabo, se demoró más de un año en elaborar el primer y deseado número, aparecido en septiembre de 2005.

Pensamos en una revista sin el liderazgo carismático típico de otros órganos intelectuales de izquierda en la Argentina. Era un problema que encontrábamos en publicaciones periódicas intelectuales de izquierda cercanas a “Puan”, o incluso a la

Facultad de Ciencias Sociales, donde un referente se constituía en clave orientadora de una voluntad de intervención pública. ¿Cómo explicarlo? Quizás porque fue una fase autonomista en la cultura nacional, expresada en los movimientos sociales, en franjas de las culturas partidarias, en las militancias universitarias, en la vida intelectual. Por autonomismo entendemos aquí la centralidad de una democracia igualitario y basista, pluralista y ajeno a estructuras jerárquicas, con lógicas discutibles y revisables. Teñía el ambiente y pronto revelaría sus limitaciones.

Es preciso recordar que veníamos de la crisis de los años 2000-2003, generalmente enfocados en el “2001”, en que confluían una debacle económica y política con una activación social múltiple y horizontal generada por las consecuencias disgregadoras de la contrarreforma neoliberal de los años 1990, las que a su vez eran manifestaciones de movimientos tectónicos en la estructura social argentina prevaleciente en el lapso 1920-1980. Ante el cercano fracaso del alfonsinismo hacia 1989 y la factura pagada por el gobierno de la Alianza de los desastres capitaneados por una convertibilidad menemista que no supo desactivar, a fines de 2001 el país estalló.

Signo de la época en lo histórico-intelectual, *Nuevo Topo* no tuvo una conducción unipersonal, aunque sí un núcleo firme y mucho compromiso de varios/as, a partir de lo cual, con tesón se pudo abordar la gran cantidad de labores requeridas: pensar y discutir cada número y sus materiales, encarar las tareas editoriales, encargarse de su impresión, ocuparse de su distribución, venta y finanzas. Las tapas de sus primeros cinco números fueron realizadas por encargo al artista visual Eduardo Molinari. El consejo de redacción se diversificó, creció y se expandió: los números reproducidos en *Ahira* permiten, a través de la compulsa de los sucesivos comités editoriales, seguir la voluntad de multiplicar el núcleo inicial de la calle Puan, tanto en términos de género como geográficos. Así, el alcance de la revista se extendió a Mar del Plata, Mendoza, Neuquén, Rosario, Santa Fe, La Plata y otras ciudades, e incluso a otros países. Por otra parte,

algunas de sus reuniones o actividades tuvieron un carácter “federal”, desarrollándose en sitios tan dispersos como Rosario, Tucumán, Bariloche, Catamarca, Mar del Plata o La Plata. La revista fue corporizando un colectivo militante, que realizó actividades de debates y presentaciones de cada número de carácter público. Tuvo una tirada relativamente masiva y sus cientos de ejemplares eran vendidos en jornadas, eventos y “mano en mano”. Finalmente, su proyecto autofinanciado se articuló, recién en los últimos tres números (2009-2011), con la editorial Prometeo, quien se hizo cargo en esos años de la edición y distribución en librerías de todo el país.

Como ya señalamos, aquellos fueron años signados por ideas de horizontalidad, compromiso y pluralismo que la revista quiso incorporar como nutriente de una perspectiva que conciliase la competencia académica con la voluntad política, a la vez que tolerase las divergencias de lo que, a falta de una mejor definición, fue caracterizado en la presentación del número inicial como una “sensibilidad de izquierda”. Eso que desde una implantación segura de sí misma puede parecer excesivamente laxo, en ese momento era efectivo como una constelación de perspectivas vistas desde la distancia como heterogéneas, pero consideradas desde el interior revelaba más afinidades que diferencias.

En cualquier caso, el espíritu 2001, bien graficado en la foto que ilustró la tapa del primer número, se manifestaba también en la relación ambivalente con la universidad y el mundo intelectual precedente. La universidad como uno de los horizontes de la vida académica y el quehacer intelectual, donde se rehiciera una historiografía que creíamos pretendidamente neutral y despojada de orientaciones normativas, o lo que es lo mismo, críticas de esa sociedad que venía de desmoronarse y parecía abrigar expectativas de emancipación. Se trataba en algunas perspectivas bienvenidas en la revista, de una historia desde abajo, de una historia popular o una

historia socialista, según los diferentes temperamentos de su comité editor. Mas otras dimensiones estaban también presentes: el género y la etnicidad entre las principales.

Podría decirse que el registro de *Nuevo Topo* fue el propio de un producto académico de gran nivel, a la vez con vocación militante. No se deseaba una revista meramente “erudita”. Pero las normas de publicación eran las usuales de aquel ámbito y se le reclamaba a cada texto un estilo de escritura claro, riguroso y amparado en un sostén empírico, conceptual y teórico pertinente y coherente a sus objetivos, todo ello, sin descartar los escritos de ensayo y debate. Cada texto era sometido a una estricta evaluación, siempre con pedidos de reelaboración a sus autores. Sin complejos, la revista rechazó o debió descartar muchos textos recibidos en función de su débil calidad, insustancialidad temática y problemática o por necesidades de selección dadas las limitaciones de espacio. Claro está, no era una revista en versión digital o consulta en línea, por lo que cada número en versión impresa era pensado como un producto que requería ser atractivo y concitar la atención de un público lector y comprador del ejemplar.

Voluntad de debate

No es difícil percibir la clave generacional de la revista. Tanto en sus integrantes como entre quienes en ella publicaron, hubo una búsqueda deliberada de dar voz a nuevas escrituras históricas e intelectuales. Pero más que en un juvenilismo esencial, se trataba de pensar los problemas de la historia, intentando hacerlo de modos distintos a los dominantes. De allí un rasgo inicial vinculado a las evaluaciones y balances historiográficos, luego a la definición de *dossiers* temáticos organizados alrededor de una discusión explícita, la organización de encuestas sobre asuntos polémicos y, quizás menos logrado, el impulso de la sección de crítica bibliográfica; también se incluyeron entrevistas, no sólo a intelectuales como el antropólogo e historiador peruano Ricardo

Melgar Bao, referida a la subalternidad y la etnicidad en América Latina, o al referente de la historia intelectual Elías Palti, sino también a cuadros militantes de la clase obrera como el recientemente fallecido Roberto “Beto” Pianelli.

Según es previsible, la procura de nuevas miradas sobre la historia, principalmente la nacional argentina, debía colisionar con lo que aparecían como perspectivas consolidadas después de 1983. Era una actitud que si podía simplificar un escenario no exento de divergencias internas, sin embargo advertía con claridad la necesidad de plantear nuevas preguntas sobre la trayectoria del capitalismo argentino, la aparente conquista definitiva de una democracia liberal (y la aceptación de ella como único horizonte deseable), la anulación de la lucha de clases como clave para la explicación de los procesos históricos, la “divulgación” histórica, el concepto de “burocracia sindical”, la expulsión del marxismo en la teoría social y la proclamación de una ciencia libre de valores, o lo que es lo mismo, ajena a la política.

Al repasar los índices de los ocho números de *Nuevo Topo* puede advertirse la diversidad de asuntos historiográficos, teóricos y políticos abordados en sus artículos, ensayos e intervenciones polémicas. Imposible dar cuenta de todos ellos. Muchos estaban anclados en un encuadre nacional: la historia de las mujeres, del trabajo femenino y de la política social en los siglos XIX y XX; la historia de la industria y de las luchas obreras; las izquierdas como objeto historiográfico, en sus grandes formaciones y en sus disidencias (socialismo, comunismo, *sindicalismo*); las tradiciones emanadas de la revista *Cristianismo y Revolución* o de la figura de J. J. Hernández Arregui; la historia reciente y el devenir del vínculo entre clase trabajadora, peronismo y política desde los años '70. También hubo aportes sobre contextos más continentales: el contenido y las perspectivas de las revoluciones iberoamericanas de principios del siglo XIX en Argentina, Brasil y México; la historia socio-económica colonial; las desventuras de Mariátegui en la Comintern. Otros tantos textos referían a problemáticas más

netamente teóricas, metodológicas o vinculadas a la disciplina histórica: los posibles diálogos entre historia y psicoanálisis; las nuevas filosofías de la historia; los avances de la divulgación histórica y sus nexos con la academia; la sociología de G. Tarde; el vínculo entre capitalismo e identidad gay desde un enfoque clásico de los estudios *queer*; varios trabajos sobre la crucial categoría de “hegemonía”.

También, como anticipamos, hubo polémicas e intercambios sobre múltiples tópicos, expresados en *dossiers* o secciones: en torno al uso de los conceptos de clase, lucha de clases y antagonismo a propósito de las interpretaciones dominantes de la historia social y cultural abiertas con el empleo del término “sectores populares”; sobre la relación entre intelectuales e izquierda en el pasado y el presente; una larga encuesta acerca de la desatención o no de la dimensión étnica o racial en la investigación social argentina; un heterogéneo *dossier* sobre las derivas de la situación política, social y económica de América Latina; y otro, el más voluminoso de todos, con ocho trabajos que analizaron la historia y la categoría de “burocracia sindical” tanto en sus alcances conceptuales como su dinámica en la Argentina reciente.

En la sección “Perfiles” el comité editor seleccionó predecesores de todo el mundo, con los cuales quiso construir una suerte de tradición inventada destinada a nutrir una historiografía y un pensamiento críticos. Así las cosas, Jean-Paul Sartre no era un autor obsoleto, todavía era posible leer la biografía intelectual de Christopher Hill como otra cosa que una pieza de museo, y el peruano Alberto Flores Galindo, el polaco Isaac Deutscher, el alemán André Gunder Frank, el griego Nicos Poulantzas o el estadounidense Charles Tilly eran todavía dignos de evocación y análisis. También pudo encontrarse la oportunidad para examinar la experiencia colectiva de *New Left Review*, la publicación marxista británica que en varios sentidos operaba como un modelo posible (también lo fue, en otros sentidos, *Les Temps Modernes*). Se aspiró a una

reflexión que cuestionara los encorsetamientos y encuadramientos exclusivamente nacionales.

Por último, una explicación sobre el subtítulo “Revista de historia y pensamiento crítico”: abonaba una apertura de canteras polémicas no exclusivamente historiográficas con el objeto de dilatar el horizonte de posibles interlocuciones. No debe olvidarse la aridez del proscenio histórico argentino en el cual el último debate en regla había tenido como tema dos décadas antes a la figura social del gaucho, retoño tardío de la más amplia discusión sobre los “modos de producción” en que investigación histórica y política no eran dos continentes separados.

El final de una experiencia

La revista concluyó antes de alcanzar el número mítico de diez números que algunos impulsores desearon concretar para concluir un ciclo perceptiblemente agotado. ¿Por qué se menoscabó el resorte que le daba vida? Seguramente es viable multiplicar las razones y quienes participaron de esa experiencia pueden brindar perspectivas diferentes a la aquí propuesta. En todo caso, quizás, la ausencia de fracturas de nota revela que se trataba de un artefacto nacido para fenecer con su momento, el 2001 como acontecimiento, cuyo agotamiento debía llevarse consigo lo que había generado.

Observada esta posible explicación más cercanamente, las opciones políticas que comenzaban a desgarrar la *pax kirchnerista* se tornaron cada vez menos llevaderas cuando las oposiciones inherentes a esa situación –esencialmente la tradicional discordia argentina de cómo distribuir la renta agraria– adoptó una lógica estratégica schmittiana de dos territorios enfrentados. El “conflicto del campo” de 2008 expuso con nitidez la creación de una divisoria entre ellos y nosotros ante la cual el comité editor se vio expuesto, como ocurrió con el resto del país. Luego, la discusión del antes aludido

dossier sobre el concepto de burocracia sindical, que tuvo un gran nivel y un fuerte impacto en los ámbitos académicos y políticos, operó como un delimitador y un elemento dispersor de caracterizaciones dentro del colectivo. En contexto estaba signado por aquellos años de revitalización gremial, reaparición de un vandorismo extemporáneo (Moyano) y el peso que en ciertas esferas académicas tenían las concepciones “objetivistas” en el estudio de la clase obrera, con sus recurrentes (y tautológicos) señalamientos sobre la representatividad de los dirigentes respecto de sus bases. Todo ello, apenas días antes en que se produjera el asesinato de un joven militante de izquierda por parte de una de las fracciones burocráticas amparadas por el gobierno kirchnerista en el sector ferroviario.

El *dossier* del último número, aparecido en septiembre de 2011 y que también antes señalamos, encaraba abiertamente el asunto de los gobiernos “progresistas”, desde perspectivas en general poco halagüeñas para sus posibilidades estratégicas. Esa deriva involucraba para una revista como *Nuevo Topo* una definición sobre cómo reorganizar ese nuevo retablo político que era bien distinto al de las aperturas posteriores a la crisis de 2001. Según se informa en la nota introductoria del número, respecto de dicho *dossier*, había en el comité editor “posiciones encontradas”.

Quizás no haya sido un cierre inadecuado para la experiencia. Nacida de la crisis de la política democrática, trasladada apenas veladamente a la arena de la investigación y reflexión históricas, las evaluaciones de una promesa de superación de los dramas de esa política por los progresismos latinoamericanos ocupaban un lugar en el debate intelectual. Al mismo tiempo que el kirchnerismo procuraba alinear en su entorno a las fuerzas “nacional-populares” y “progresistas”, se formaba el Frente de Izquierda y los Trabajadores (FIT) orientado en una programática clasista y socialista. Las elecciones nacionales de fines de octubre de 2011 se aproximaban. La política clausuró el ciclo de la revista. Pudo haber sobrevivido como espacio impolítico para el *publish or perish*. Pero

así desertaría del impulso que le dio vida. No fue una mala muerte para una publicación que deseó mancomunar, en su registro principalmente histórico, pensamiento y política. Hoy recordamos a *Nuevo Topo* como una experiencia intelectual breve pero bella e intensa de nuestras vidas, un espacio donde la pasión por el debate y el pensamiento crítico se cruzó con el compromiso emancipatorio. Navegó entre las tensiones y las disyuntivas propias de la política y de nuestro campo académico. Fue también un lugar de amistades, de encuentros y de momentos compartidos que todavía evocamos con cariño, orgullo y nostalgia.

Ciudad de Buenos Aires, febrero de 2026